

RAYMOND ARON

LOS INTELECTUALES Y LA POLÍTICA

Sin duda, Francia no es el único país en el que los intelectuales discuten apasionadamente acerca de su vocación y se acusan de manera recíproca de traicionarla. Así, y después de la Primera Guerra, Julien Benda acusó a sus colegas de haber desconocido los deberes de su cléricatura. Un cuarto de siglo más tarde, yo mismo empecé otro proceso: el de los fumadores de opio —es decir: el de los intelectuales que participan con toda su fe, conscientemente o no, en una empresa expansionista camuflada bajo un lenguaje humanista.

Vosotros, matemáticos, físicos, químicos, vosotros conserváis la posibilidad de hallar en vuestros escritorios y laboratorios, cerrados al ruido y la furia de la historia, la paz del espíritu y la serenidad del sabio. No estoy seguro de envidiar vuestra distancia e incluso dudo seriamente de que vosotros deséis sustraeros a las incertidumbres y a los desgarramientos de los simples mortales y, para decirlo mejor, a la grandeza y al servilismo de los ciudadanos. Suponiendo que los sabios de los laboratorios son como los monjes de la edad científica, hay que reconocer que esta nuestra edad es también la de la democracia. En Israel, más que en ningún otro país, la ciudadanía entraña la obligación militar. Vosotros sois soldados porque sois ciudadanos o, inversamente, sois ciudadanos desde el momento en que participáis de una manera u otra en el Tsahal. De manera inevitable, vosotros descubristis lo que nosotros, los intelectuales europeos, vivimos tantas veces en el curso del siglo XX: la contradicción posible entre vuestras propias opiniones y la política desarrollada por vuestro gobierno y aprobada por la mayoría de vuestro pueblo.

El caso Dreyfus es excepcional

Julien Benda imponía al intelectual una obligación específica: decir la verdad, alegar por lo justo, defender los valores universales sin preocuparse por las consecuencias de sus propósitos y de sus actos. El caso Dreyfus marcó el pensamiento de Benda. El intelectual debía ser dreyfusista porque el capitán Dreyfus era inocente y el clérigo que justifica o excusa la injusticia falta a sus obligaciones. Pero tampoco debe apaciguar sus escrúpulos afirmando que él sirve a la vez a la verdad y a la patria. Revelar las faltas o los crímenes cometidos por el Estado Mayor del ejército es comprometer, a los ojos del pueblo entero, la autoridad moral de quienes conducirán a sus hijos al combate. Benda no se situaba sin reservas ni de un lado ni de otro. Dreyfusista en tanto que clérigo, comprendía las razones de quienes querían ante todo preser-

var la reputación de un grupo de hombres del que quizás mañana dependería la sobrevivencia del país.

Hace sesenta años, y en el primer artículo que yo publiqué, discutí las tesis que Benda sostuvo en uno de nuestros cursos en la Escuela Normal Superior. No releí ese texto que me fue recordado por un joven historiador cuya tesis se centra en los normalistas de mi generación, pero me acuerdo, al menos de manera aproximada, de mis objeciones. El caso Dreyfus, argumentaba, es un caso excepcional, un caso puro. No se trató sino de un error judicial. Unos mentían y otros afirmaban la verdad. A partir de cierto punto, mantener la culpabilidad de Dreyfus contra los hechos y contra la evidencia no implicaba ya preservar al Estado Mayor sino, y muy por el contrario, comprometerlo cada vez más. Por lo demás, y en este caso, incluso si los dreyfusistas perturbaran la unidad de la nación y la confianza de los franceses en sus jefes militares, no podían ni renegar de su posición ni callarse.

Lo repito: se trata de un caso único, excepcional: la defensa de un inocente. Los asuntos públicos raramente presentan la simplicidad y la pureza del caso Dreyfus. Incluso yo admitiría, a riesgo de pasar una vez más por pesimista o cínico, que la mayor parte de los combates son dudosos y que los intelectuales que se quieren al servicio exclusivo de lo universal no deberían tomar parte en ellos. Pertenezco a la generación que reaccionó apasionadamente contra los delirios de la propaganda de la Primera Guerra. Cuando estábamos en la Escuela Normal, hacia 1925, los traidores eran, a nuestro entender, los intelectuales que habían maldecido simultáneamente a la música de Wagner y al militarismo prusiano, que habían prestado su voz o su pluma a una propaganda que nos parecía odiosa. Yo seguía encantado a Benda cuando denunciaba la participación de los clérigos en ciertas formas de la propaganda. Pero una vez que los excesos de la guerra de palabras se diluyeron, quedó en pie la verdadera pregunta, la más difícil: ¿dónde se situaba el deber de los intelectuales entre 1914 y 1918? ¿Era incuestionable la responsabilidad de uno de los campos? ¿Hacía falta apoyar la moral del país, como se decía? ¿O había que luchar por "ahora la paz"?

Ética de la convicción y ética de la responsabilidad

En ese primer artículo contra Benda, si mis recuerdos no me traicionan, yo no jugaba al profesor de moral. Era demasiado joven para asumir ese papel —que por lo demás siempre he rechazado. Pero yo sugería que el intelectual, en los combates dudosos, es decir en la mayor parte de los combates políticos, busca lo preferible. Se esfuerza por comprender los argumentos de unos y otros y no duda en tomar partido, sin

Este es el texto del discurso que Aron pronunció hace unos meses en el Instituto Weizmann de Jerusalén.
© *Commentaire*

abandonarse a la ilusión de que en cada caso él encarna los valores eternos.

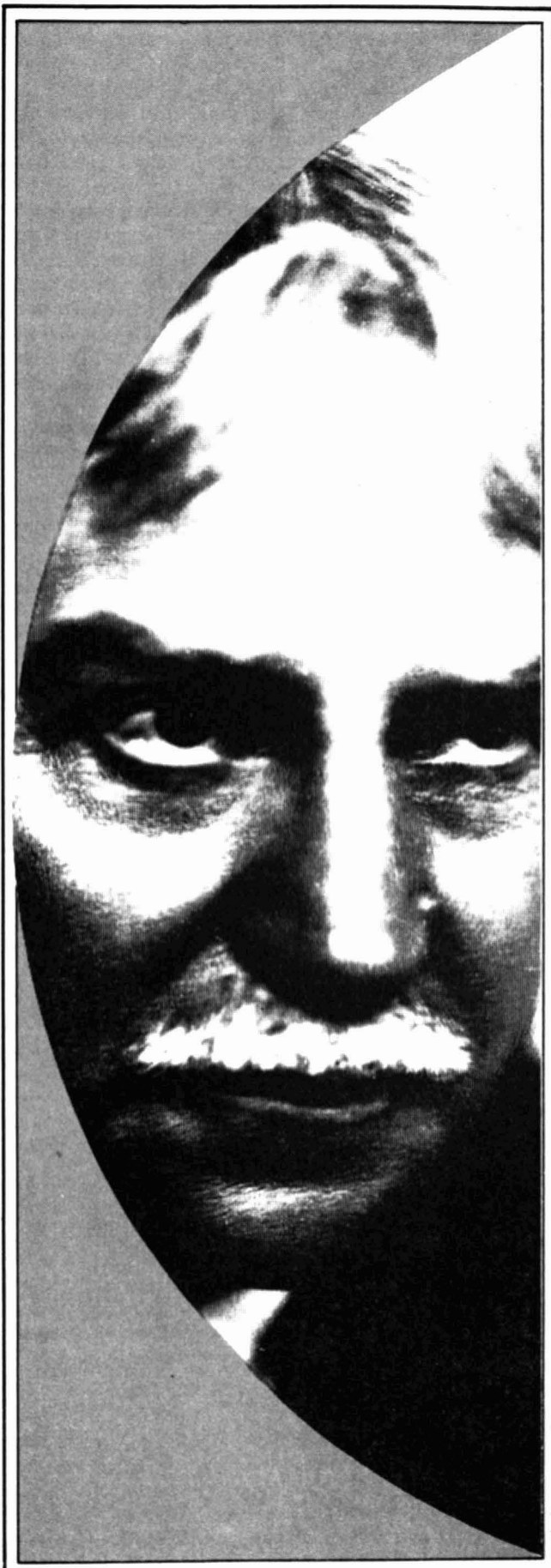
En esa época yo todavía no había leído a Max Weber ni había elaborado la alternativa que postulan la *Gesinnungsethik* y la *Verantwortungsethik*: la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Fue durante la guerra que Weber concibió esa alternativa —o, mejor, que la vivió en la propia experiencia. A los pacifistas incondicionales y a los revolucionarios, él respondió: ustedes obedecen a su conciencia, pero no tienen en cuenta las consecuencias de su acción; contribuyen a la derrota de sus países y no saben si la victoria del enemigo favorecerá los valores en cuyo nombre condenan la guerra. Existen, en todas las democracias, intelectuales que —muchos de ellos sin saberlo— obedecen a la ética de la convicción. A veces, incluso, su rebeldía moral contra la política de su país los hace a medias ciegos: no ven más que las faltas de su país y se niegan a ver las del país adversario. ¡Cuántos liberales norteamericanos no descubrieron ya demasiado tarde que los vietnamitas del Norte, lejos de liberar a los del Sur, establecieron un régimen más tiránico que el que ellos juzgaron con tanta severidad!

La guerra de Argelia y la guerra de Vietnam

La mayor parte de los países de Occidente (Alemania, Francia, Estados Unidos) conocieron la discordia de sus ciudadanos con respecto a los combates dudosos. Permítaseme recordar aquí una crisis, vieja de más de veinte años, en la que tomé parte: la guerra de Argelia. En ese entonces, Argelia se componía de varios departamentos franceses. Tenía alrededor de un millón de ciudadanos franceses y una decena de millones de musulmanes, árabes y kables. Túnez y Marruecos habían arrancado su independencia. Me parecía inevitable que Argelia también se convirtiera en independiente. ¿Por qué los argelinos habrían aceptado un estatuto inferior al de los otros países del Magreb? La autonomía no hubiera sido más que una traición. En cuanto a la integración de Argelia a Francia: era algo imposible. A finales de siglo, la población argelina alcanzará los treinta millones. La Asamblea Nacional, que representaría la unidad franco-argelina, contaría con más de un tercio de musulmanes.

A mi entender, los argelinos tenían el derecho de constituir una nación independiente. Y el acontecimiento decisivo, el retorno de la mayor parte de los franceses de Argelia a la metrópoli, me parecía dramático pero sin consecuencias mayores o perdurables en el futuro de Francia. Por eso tomé posición en favor del derecho a la independencia de los argelinos desde la primavera de 1957, un año antes del regreso del general De Gaulle al poder. El alcance de esa toma de posición no se me escapaba. La solución de una guerra revolucionaria depende de la opinión pública, al menos en gran medida. Afirmar que el éxito de los revolucionarios es inevitable es, de hecho, contribuir a que realmente sea inevitable. Yo me interrogué largamente antes de publicar el panfleto que tuvo por título *La tragedia argelina*. Me decidí al fin a hacerlo porque mi análisis me pareció irrefutable y porque el pretendido fracaso de Francia —es decir: la independencia de Argelia— respondía al verdadero interés del país, por más dramático que pudiera ser la partida de los franceses establecidos al otro lado del Mediterráneo desde muchas generaciones atrás.

La oposición abierta a la política del gobierno, mientras que nuestros soldados se encontraban sobre el terreno, era en cuanto tal un acto grave y ponía a la luz las disensiones



Julien Benda

que desgarraban a la nación francesa, y al mismo tiempo estimulaba al otro partido (que estaba convencido de que triunfaría sobre el desgaste), puesto que el gobierno era desaprobado por los intelectuales que a menudo se presentan como hablando en nombre de su pueblo. Algunos años más tarde, los Estados Unidos vivieron una crisis incomparablemente mayor, cuyas consecuencias se extienden incluso hasta hoy. También la causa en cuestión era mucho menos clara que la de Argelia. Estados Unidos no deseaba mantener su soberanía sobre Vietnam del Sur y pretendía un objetivo defensivo: preservar un régimen no comunista en Vietnam del Sur e impedir al régimen comunista del Norte que extendiera su ley hasta Saigón. Era una guerra defensiva inspirada en la doctrina de la "contención". Muchos intelectuales norteamericanos, todos liberales, se declararon hostiles a la lucha emprendida por el cuerpo expedicionario norteamericano, unos rebelándose contra los horrores de la guerra y los otros criticando implacablemente al régimen del Sur, indigno —a sus ojos— del apoyo de su país, y otros aun juzgando al régimen de Ho Chi Min como preferible al del general Thieu.

Ni qué decirse tiene que yo no apruebo ni desapruuebo a los intelectuales norteamericanos que condenaron la acción de su país en el Vietnam y que contribuyeron así a precipitar los acontecimientos. Ese caso extremo ilustra el papel y la responsabilidad de los intelectuales; ciudadanos como los otros, pueden expresar sus sentimientos y juzgar al gobierno de su país —pero no deben ni ignorar sus responsabilidades ni desconocer las obligaciones de la solidaridad nacional.

Durante la guerra de Argelia, los intelectuales, unidos contra la voluntad del gobierno francés de perpetuar el régimen promovido por la colonización del siglo pasado, dudaron sobre la actitud a asumir. Algunos de ellos ayudaron al FLN argelino absolutamente conscientes de lo que hacían: ya que la causa argelina era justa, por qué no apoyarla en los hechos (es decir: con armas) aun cuando eso atentara contra los soldados de nuestro país. Otros intelectuales llamaron a la desertión a los jóvenes franceses. Personalmente, me negué a seguir esos extremismos hasta el fin. Criticar la política del gobierno del país de uno es una cosa y ponerse del lado del enemigo oficial es otra muy diferente. Cierto: si las libertades democráticas hubieran sido afectadas, la protesta habría podido revestir formas violentas. Pero en la medida en que las libertades subsisten, aquel que se opone a un gobierno legalmente elegido, y lo hace según procedimientos regulares, expresa legítimamente su desacuerdo empleando los medios que toleran los regímenes democráticos. Pero, a la vez, ese intelectual nunca debe perder de vista los múltiples argumentos que intervienen en la deliberación razonable que practica todo ciudadano de buena voluntad. ¿A partir de qué momento la oposición puede o debe inclinarse hacia la guerra civil? ¿Los disidentes quieren paralizar a su gobierno o influir sobre él para que cambie el camino elegido?

La guerra del Líbano

Queridos amigos israelíes: no dudo de que mis opiniones encuentran ecos en vuestros corazones y que reabren heridas mal cicatrizadas. Perdonadme si juzgáis mis especulaciones inoportunas o incongruentes, pero los judíos de la diáspora vivieron, ellos también, y en un contexto que no siempre fue indulgente, las angustias de la guerra del Líbano y simpatizaron con la prueba sin precedentes del pueblo de Israel. Por primera vez la guerra no bastó para restablecer la unidad sagrada, para borrar las disensiones civiles, y ni siquiera aho-

rró esos trámites al ejército, expresión de la sociedad. Vosotros no esperáis de mí, sin duda, una opinión categórica, en un sentido o en otro, acerca de las decisiones adoptadas por el gobierno Begin o sobre la operación *Paz en Galilea*, prolongada hasta el sitio de Beirut Oeste y hasta el retiro de las fuerzas de la OLP. Por primera vez, esta guerra no pareció a todos los ciudadanos como impuesta por el enemigo, como estrictamente defensiva o como indispensable para la sobrevivencia del país. Merece el calificativo de *combate dudoso*: justo o injusto —y eso es algo que se puede discutir al infinito. ¿Estaba Israel en el derecho de cazar a la OLP instalada en el Líbano? ¿Y cómo habría podido emplear métodos distintos a los empleados? Todas las controversias que acompañan los combates dudosos en las democracias surgieron de pronto en Israel porque Israel se ha convertido —para bien y para mal— en un *Macht-staat*, como dicen los alemanes. Y un *Macht-staat* no duda en tomar la iniciativa, en defenderse golpeando por adelantado al enemigo, en recurrir al medio, detestable pero inevitable, de la *Machtpolitik*, a saber: la fuerza militar.

Los deberes de los intelectuales

A menos que las presiones exteriores no dejen lugar alguno a los escrúpulos, llamaremos vanamente a la unanimidad nacional en los momentos de grandes crisis. ¿Qué podemos exigir, en esas circunstancias, a los intelectuales-ciudadanos que creen obedecer a la vez a su cléricatura y a sus obligaciones de ciudadanos? Personalmente, yo les pediría en principio la modestia. Por más extraordinarios que sean sus méritos, un escritor o un físico no detentan, por ese sólo hecho, una superioridad evidente cuando los problemas planteados conciernen a la gestión del país y a veces a la conducta de la política exterior. No existe una guerra de la ciencia y de la paz comparable a la de los electrones —ni siquiera aquí, en el Instituto Weizmann.

La segunda demanda que dirigiría a mis colegas intelectuales es la de la coherencia y la claridad moral para consigo mismos y los otros. Quien se ha suscrito a una ética de la responsabilidad debe juzgar las iniciativas de su gobierno en función de los objetivos precisos y los medios que se exigen para alcanzarlos. ¿Israel tenía que expulsar a la OLP del Líbano a cualquier precio? Si el objetivo se reconoce como legítimo, queda por juzgar si los medios empleados son moralmente aceptables y los menos costosos en vidas humanas. Quien se adhiere a una ética de la convicción rechazará esta dialéctica de la estrategia. Pero debe evitar caer en la trampa en que cayeron tantos intelectuales franceses gloriosos: en rebeldía contra las injusticias de su sociedad, terminaron por no ver las torpezas, mucho peores, del régimen opuesto. ¿Cuántos intelectuales de izquierda, en Occidente, cerraron sus ojos para no ver la gran purga del Gulag, reservándose su censura para la democracia occidental y allegándose por un moralismo descaminado a la peor de las tiranías?

El último llamado que yo haría a mis colegas es a la moderación. La nobleza y la fragilidad de la democracia consisten en que tolera en el interior de sí misma las opiniones de sus enemigos. Criticándola, los intelectuales corren el riesgo de debilitar a su gobierno. Ese es un riesgo que las democracias no dudan en asumir porque tienen fe en la fuerza última de los regímenes de libertad. Por los cuestionamientos que formulan sus representantes legítimos, los ciudadanos dan testimonio de su fuerza. También, y por medio de la moderación y de su sentido de la unidad nacional, dan testimonio de su sabiduría.